

ROBERT KARJEL

MI  
NOMBRE  
ES N

*Traducción:*

CARLOS DEL VALLE HERNÁNDEZ



MAEVA | NOIR

*A la memoria de Hugh Swaney, detective de homicidios*

# 1

*Nueva York, 17 de mayo de 2008*

La respiración del sueco se sosegó. Fue plenamente consciente del proceso: cómo se calmaba, cómo la adrenalina se iba disolviendo mientras él se agachaba y se enjuagaba las manos. La gravilla crujía bajo las suelas de sus zapatos. La mayor parte de la sangre se había concentrado en sus manos, como si las hubiera sumergido en ella. También había salpicado su cazadora y su rostro. Se las restregó y se las volvió a enjuagar, sin prisa. Pero no tenía espejo. Se encontraba tal vez a medio kilómetro al norte del puente de Williamsburg; en el horizonte frente a él se desplegaba la vista del East River y Manhattan. Una naturaleza muerta de luz y oscuridad, sin movimiento aparente. No oía sirena alguna, apenas el rumor del tráfico y el murmullo de la vida nocturna de Brooklyn. Apretó los labios una última vez, a fin de evitar que la inmundicia y el aceite del río penetraran en su boca. A continuación se puso en pie, resopló y se sacudió el agua de las manos. Todavía podía sentir al hombre que había luchado debajo de él como una anguila a la que hubiera estrujado hasta la muerte. Miró sus manos, separó los dedos, las volteó. Esas manos que habían hecho algo más que defenderse.

Ya estaban bastante limpias.

Rebuscó entre unos arbustos que había en un solar desierto y sacó una bolsa de plástico que contenía algo de ropa. Se quitó la que llevaba puesta, incluso los zapatos, y la tiró al suelo, formando un montón. No sentía el frío de la noche. Entre los edificios a oscuras vislumbró la torre del reloj de Brooklyn.

Cambió las prendas viejas por otras limpias, le hizo un nudo a la bolsa que ahora contenía la ropa sucia ensangrentada y agujereó el plástico con un punzón que sacó del bolsillo.

Un lanzamiento limpio bastó para que la herramienta saliera volando hacia el centro del río, seguida de la bolsa. La corriente burbujeó y gorjeó mientras la bolsa se hundía lentamente. Permaneció allí plantado unos momentos, con las piernas algo separadas y las manos en los bolsillos, una silueta solitaria en un solar abandonado junto a la central eléctrica.

Entonces llegaron los primeros temblores. Todo su cuerpo se retorció entre calambres de agotamiento a medida que la adrenalina se desvanecía, eran las secuelas. El hombre se había defendido con todas sus fuerzas. Pero el sueco lo había dominado, y había perforado el rostro del cabrón con un apretón de hierro.

En la sala de urgencias de Wyckoff Heights yacía un hombre que no paraba de gritar. El conductor de camiones, un ladrón de poca monta en libertad bajo fianza, había prometido testificar, pero se había visto involucrado en algo que lo superaba. Incluso entre las enfermeras, que pensaban que habían visto de todo, hubo alguna que tuvo que apartar la vista. El hombre sobreviviría, pero las cuencas de sus ojos quedarían vacías para siempre. Nunca podría señalar a alguien en un reconocimiento, nunca volvería a identificar a nadie, nunca podría decir a quién había visto, ni dónde, ni cuándo.

Junto al río, el sueco pudo respirar.

## 2

*Tres semanas antes*

*US Federal Building, 26 Federal Plaza, Nueva York*

Ella deslizaba con destreza la moneda entre sus dedos, adelante y atrás, mientras con la otra mano hojeaba distraída los papeles que había encima del escritorio. Esperaba una llamada y mataba el tiempo entre archivadores, periódicos y fotografías. El titular de portada del *Kansas City Star* rezaba: «Los asesinos de Topeka serán ejecutados el mes que viene». Tomó una fotografía de un hombre demacrado y con sobrepeso que vestía el mono naranja de prisionero y la puso a un lado. La moneda se balanceaba entre sus dedos pulgar e índice y después comenzaba a rodar de nuevo. Junto a los recortes de prensa había una pila de declaraciones de testigos con una etiqueta que decía: «Asesinato con robo, Central Park. Sin resolver». Al lado, una fotocopia en blanco y negro del retrato de una mujer que había muerto varios años antes, algunos libros de arte y la copia de una factura de un bar de Toronto.

Sonó el teléfono.

Fue como si la moneda hubiera estado esperando la llamada: se movió a toda velocidad hasta llegar al dedo meñique y regresó. La atrapó con la mano. Contestó, luego resopló a modo de respuesta mientras alguien hablaba al otro lado de la línea.

—Así que está arreglado —dijo ella al cabo de un rato, y se recostó con la fotografía de una escultura de piedra en la mano—. ¿Qué nombre te dieron?

Asintió mientras escuchaba. Mármol blanco. La escultura de la imagen era humana, pero no se podría decir si se trataba de un hombre o una mujer; solo era un tenso cuerpo desnudo lleno de deseo que pedía más.

—Grip —repitió—. Ernst Grip. Bien. No, no hace falta. Enviaré a alguien para que lo recoja en el aeropuerto.

### 3

#### *Vuelo SK901 procedente de Arlanda, Estocolmo*

Mientras el avión ganaba altura, Ernst Grip lanzó una mirada apática al sucio paisaje plumizo que veía a través de la ventanilla. Tomó de su regazo el ejemplar del *Expressen*, el tabloide vespertino de Estocolmo, y lo metió en el bolsillo del asiento delantero. Intentó acomodarse –nunca conseguía acoplar las piernas en la maldita clase turista–, deseando que le sirvieran la primera copa y el aperitivo. Necesitaba distraerse con algo entre las manos.

Quedaban ocho horas para llegar a Nueva York.

El norteamericano que se encontraba sentado a su lado acribilló a la azafata a preguntas sobre la selección de bebidas alcohólicas.

–Un whisky. De cualquier marca –se limitó a decir Grip cuando le tocó su turno, y sin más comentarios le ofrecieron dos botellitas acompañadas de una miserable bolsita de frutos secos.

Pollo soso acompañado de un vino tinto insípido; a pesar de haber tenido que tomar el vuelo en el último momento, alguien había conseguido un billete en clase turista para él. Tenía que agradecerse a los mezquinos burócratas suecos. En el mapa digital que había en el otro extremo de la cabina, el símbolo del avión se arrastraba sobre el mar en algún lugar indeterminado de la costa noruega. Después llegó el café y, aunque no era su costumbre, pidió un coñac. Sintió cómo el licor se esparcía por su cuerpo. A continuación saltó de una película a

otra en la pantalla de vídeo situada en el respaldo del asiento delantero. Se durmió.

Grip era moreno y tenía esa clase de rostro que uno cree haber visto antes. Cuando vestía traje parecía mayor que cuando no lo llevaba. Según su pasaporte tenía treinta y siete años, pero si se viera presionado podría estirarlos diez años arriba o diez abajo. Provisto de unos agradables hombros anchos, solía recibir buen trato por parte de la tripulación de vuelo, tanto hombres como mujeres, que siempre detenían sus carritos para intercambiar alguna palabra de más con él.

El día anterior, el Jefe había llamado a Grip para comunicarle que tendría que viajar a Nueva York. De vez en cuando, su antiguo superior de los servicios secretos lo seguía convocando para algún asunto. Tiraba de la vieja correa, y su nuevo jefe recibía una llamada: «Grip se va de viaje». Era algo de lo que él no tenía que ocuparse: su papel se limitaba a la realización. Cuando Grip entró en el despacho, recibió un billete de avión y una tarjeta de crédito.

—Quiero una relación de gastos —fue la única indicación del Jefe.

Esa era la diferencia entre un simple burócrata y un curtido agente de los servicios secretos, un viejo agente astuto que gestionaba sus propias cuentas. Un sistema perfecto para aquellos que preferían no conocer los detalles.

—Y... —dijo Grip, tratando de averiguar algo más aparte de lo relacionado con comidas y alojamientos.

El Jefe escribió unas notas en su cuaderno.

—El Ministerio de Asuntos Exteriores quiere que vayas a ver a los norteamericanos.

—¿Por qué razón?

—No se sabe. Los norteamericanos quieren hacerte algunas preguntas.

—¿Te refieres a los trescientos millones de norteamericanos?

El Jefe resopló.

—No, solo al Departamento de Justicia. Su gente te estará esperando en Newark.



—Y me quieren a mí en particular.

—Supongo que eres uno de los «conocidos» en las oficinas del ministerio. Estabas presente cuando entregamos a los egipcios a la CIA en el aeropuerto de Bromma. El escándalo que hubo en Exteriores, nosotros hicimos el trabajo, se acuerdan, ¿qué sé yo? Preguntaron por ti, y yo dije que sí.

—¡Hay que joderse!

—Llévate un traje cómodo. —El Jefe sonrió—. Responde a algunas preguntas, disfruta de un par de buenas cenas y regresa a casa.

—¿Y no tienes ni idea de qué se trata?

El Jefe escribió algo en un papel y se lo tendió con dos dedos. Grip leyó en alto:

—Topeka.

—Los norteamericanos quieren saber qué sabemos de Topeka, una ciudad en medio de ninguna parte.

—¿Alguna instrucción del Ministerio de Asuntos Exteriores?

—«Envíen a Grip», eso fue todo lo que dijeron. Solo quieren que nos ocupemos de esto, sea lo que sea.

—De modo que soy el chico de los recados del Ministerio de Asuntos Exteriores.

—Pero solo hablarás conmigo.

El astuto espalda plateada todavía mandaba desde su colina elevada en la selva.

—¿Máximo una semana? —dijo Grip a modo de tentativa.

—Lo que sea necesario.

—¿Visado?

—No te preocupes por eso. Entra como turista.

Grip se despertó cuando su compañero de asiento comenzó a rebuscar algo junto a sus pies. Pidió disculpas pero continuó buscando, y a Grip le resultó imposible volver a conciliar el sueño. A continuación, su vecino apretó un tubo de crema y se la aplicó en las narinas.

—Vaselina —dijo el norteamericano—, contra el aire seco. ¿Quiere un poco?

Grip negó con la cabeza. El hombre hablaba sin parar. Regresaba a Estados Unidos después de haber visitado a su hija recién casada. Ella había conocido a un sueco mientras estaba de vacaciones, y ahora vivían en Sundbyberg, un distrito de Estocolmo. El hombre se rio al decir «Suund-bii-berg», y después describió con todo detalle el parque junto al cual vivía la pareja, como si ese fuera el lugar más exótico de la Tierra, un sitio que Grip jamás podría llegar a imaginar. Por supuesto que le gustaban los abedules, pero le preocupaba el mundo en el que crecerían sus nietos.

—Ya sabe cómo está el mundo hoy en día —dijo. Todavía se sentía molesto porque en el aeropuerto había tenido que entregar un bote de espuma de afeitar y unas tijeritas para las uñas—. Pero no queda otro remedio que aguantarse, ¿no es así?

Vivía en el bajo Manhattan, y se encontraba en su balcón aquella mañana en que vio derrumbarse las Torres Gemelas, la gran nube de polvo y cómo llegaban corriendo todas esas personas de rostros ojerosos.

—Y luego esto —dijo, golpeando con la mano la portada del *New York Times*. Era una noticia sobre Irak, con una fotografía de un coche en llamas y gente corriendo—. Pasa en todos sitios, es terrible. —Miró con recelo a Grip, evidenciando esa fina capa de hielo sobre la que todos los norteamericanos sabían que se encontraban, ese aire de por-favor-no-me-odias-a-mí-personalmente que tenían cuando se encontraban en el extranjero—. Tantos muertos... No sé. Es complicado.

—¿Votó usted a Bush? —preguntó Grip.

—¿Yo? —El hombre hizo un delicado movimiento de cabeza—. La segunda vez no.

La azafata se acercó mostrando un catálogo y pronunciando un monótono «*Duty-free... duty-free*».

—Un vecino mío perdió a su nieto —prosiguió el hombre después de que ella pasara—. En Irak. Era un simple conductor del ejército. Qué horror.

Grip guardó silencio.

—Bueno, todos aportamos nuestro granito de arena —continuó el hombre—. Mi viejo luchó contra los alemanes en la ofensiva de las Ardenas. «Un frío de mierda», era todo lo que contaba sobre la guerra. «Un frío de mierda.»

El hombre miró al frente y soltó la misma risa lacónica que había utilizado al pronunciar «Sundbyberg». Luego enmudeció. Pasó quizá un minuto.

—Aunque esa era otra clase de guerra —dijo a continuación.

—¿Es usted ciudadano norteamericano? —le preguntó la azafata.

Grip negó con la cabeza. Al cabo de un rato había escrito su número de pasaporte en tantos lugares del formulario que le habían entregado que se lo sabía de memoria. Marcó «no» en todas las casillas, juró que no viajaba a Estados Unidos para dedicarse a la prostitución ni al terrorismo, y que tampoco había tomado parte en el exterminio de los judíos durante la Segunda Guerra Mundial. Por último, se registró como turista y facilitó la dirección de un Hilton cerca de Central Park como lugar de residencia. Encontró el hotel en un anuncio de la revista de la compañía aérea.

Al ordenar su billetera, encontró el trozo de papel que le había entregado el Jefe.

—¿En qué estado se encuentra Topeka? —le preguntó a su compañero de asiento.

—Kansas —respondió el hombre—. ¿Es allí adonde va?

—No.

Ya había estrujado el papel y lo había colocado en el bolsillo del respaldo.

—Entonces, ¿adónde va?

—A Nueva York, pero solo me quedará un par de días.

—¿Es la primera vez?

Grip se encogió de hombros.

—Le encantará.

Ernst Grip esperó a que se despejara el pasillo. Después guardó el *Expressen* sin leer en su bolso de bandolera y salió del avión. Lo que lo detuvo a continuación fue la laberíntica cola del control de pasaportes. Los pasajeros procedentes de vuelos de larga distancia esperaban con los ojos enrojecidos mientras sus hijos medio dormidos se sentaban sobre el equipaje de mano o directamente en el suelo. Un puñado de mujeres se movía entre las hileras serpenteantes, advirtiendo a voces a los extranjeros que tuvieran a mano sus formularios. Vestían uniformes sencillos, y portaban un llavero en una mano y un enorme *walkie-talkie* en la otra. Andares bamboleantes, semblantes duros.

Grip las había observado a lo largo de los años. Hacían un trabajo que apenas se encontraba un escalón por encima de darles la vuelta a las hamburguesas en un McDonald's. Desde la caída de las Torres Gemelas, actuaban como si contaran con el respaldo de todo el cuerpo de marines. Alzaban la voz tan pronto como alguien dudaba o —Dios no lo permitiera— replicaba. Al principio de la cola, cerca de una garita de control de pasaportes, oyó una trifulca en diferentes idiomas. Grip no pudo ver qué sucedía, pero pensó que se estarían llevando a alguien de allí.

Por fin le indicaron con la mano que se acercara a uno de los puestos de control. Detrás del mostrador, que le llegaba hasta el pecho, había dos hombres sentados. Camisas almidonadas, pelo rapado. Uno de ellos le echó un vistazo apresurado al formulario y a continuación hojeó el pasaporte. Se detuvo ante una de las páginas con una expresión impasible.

—¿Qué hizo en Egipto el año pasado?—preguntó.

El otro se ocupaba exclusivamente de estudiar a Grip. La mirada del interrogador.

—Estuve buceando en el mar Rojo —respondió Grip—. En Sharm el-Sheij.

El hombre siguió pasando las páginas hasta que encontró otro sello que llamó su atención.

—¿Y en Sudáfrica?

—Pasé una semana disfrutando del sol de invierno en Ciudad del Cabo.

También eso era mentira. Estaba acostumbrado.

Luego estamparon un nuevo sello en una de las páginas y le desearon un buen día al señor Grip, cabello oscuro aunque ojos azules, treinta y siete años recién cumplidos. Recogió su pasaporte y dio las gracias.

En la sala de llegadas de Newark había dos hombres trajeados, uno de los cuales sujetaba un pequeño letrero con aire más aburrido que ilusionado. ERNEST GRIP, habían escrito en sencillas letras rojas. Incluso entre la multitud de gente con letreros, los dos hombres parecían inexplicablemente fuera de lugar, como si incluso ellos mismos se preguntaran qué hacían allí.

—*Ernst* Grip —corrigió Grip.

—Bienvenido —dijo el hombre que sujetaba el letrero. No pilló la indirecta; solo pareció aliviado. El otro se encargó de la maleta de Grip.

Dos hombres bronceados de pelo rapado: los típicos agentes del FBI. Aparte de ofrecerle un café en el coche, no dijeron gran cosa. Grip tampoco tenía motivo para hablar con ellos mientras circulaban por las chirriantes autopistas de hormigón y se sumergían en un túnel iluminado con una luz anaranjada que los condujo al centro de Manhattan.

—¿Es este el hotel? —preguntó Grip cuando aparcaron en un garaje subterráneo.

—No. La oficina —recibió por toda respuesta.

—Tengo que sacar algo de mi maleta.

El conductor abrió el maletero. Grip sacó la americana, se abrochó el botón superior de la camisa y le hizo un nudo a la corbata que había en uno de los bolsillos.

—¿Lleva algún arma encima? —preguntó el conductor.

—¿Algún arma? —dijo Grip—. Acaban de recogerme en el aeropuerto.

El hombre se encogió de hombros.

Subieron por una escalera mecánica hasta una gruta de mármol; las típicas palmeras de oficina adornaban las isletas de rigor. El suelo del recibidor resonó bajo sus pasos mientras cruzaban el detector de metales. Los escoltas de Grip mostraron su documentación, enseñaron sus armas y señalaron una anotación en un tablero, lo que permitió pasar a Grip.

Una vez en el vigésimo tercer piso, serpentearon a través de pequeños bloques de diminutas salas de reuniones ocupadas por hombres que vestían camisas arremangadas y pantalones anchos. Por todas partes había carteles con extrañas prohibiciones. Envases de comida para llevar, cartones grasientos, botellas... Parecía que allí no paraban de comer. La gente se saludaba mientras bebía o se limpiaba las manos con un puñado de servilletas. Uno de los hombres que lo acompañaban le ofreció un café a Grip, pero este lo rechazó.

Franquearon una puerta de cristal, pasaron junto a una secretaria que levantó la vista y asintió y, por fin, entraron en un gran despacho.

—Aquí es. Ella estará con usted en un momento —susurró uno de los hombres detrás de él, y después ambos se esfumaron.

Grip se quedó solo. Ella se encontraba sentada detrás del escritorio, vuelta hacia una ventana mientras hablaba —o más bien escuchaba— por teléfono. Era consciente de su presencia, pero no le dirigió una sola mirada. En la habitación reinaba el silencio. Grip observó su perfil y valoró el hecho de que fuera una mujer. Teniendo en cuenta las minúsculas covachas de la zona de oficinas que había visto de camino, la presencia de una secretaria sentada fuera y la gruesa moqueta del suelo, se encontraba ante una superior. Determinar su nivel resultaba más difícil. En su paseo a través del edificio había visto suficientes gorras del FBI y de la DEA como para saber qué territorio pisaba. La mujer aparentaba su misma edad, y sus rasgos tenían algo de asiáticos: los ojos, el delicado tono de la piel... Su cabello era lacio y oscuro. Ningún retrato, diploma ni fotografía de exaltación personal en las paredes. Apenas un inmenso paisaje tropical a su espalda, una reproducción de una acuarela

que representaba unas casas de madera descolorida a causa del mar y algunas figuras que descansaban en la sombra.

Por fin ella dijo algo inaudible, colgó el auricular y se dio media vuelta. Con las manos apoyadas en el reposabrazos de la silla, lo observó con interés y arqueó ligeramente las cejas.

—El sueco —dijo.

—Sí, el sueco —respondió Grip—. O Ernst Grip, como quizá también figure en alguna parte.

Ella bajó la mirada a su escritorio.

—Sí, claro, Ernst —dijo mientras se ponía en pie para saludarlo—. ¿Del Ministerio de Asuntos Exteriores?

—De los servicios secretos.

—¡Vaya!

La mujer hizo una pausa.

—¿Ha presenciado alguna vez una ejecución? —preguntó a continuación con delicadeza, y sin esperar respuesta añadió—: Por cierto, me llamo Shauna. Shauna Friedman.

## 4

### *Tailandia, día de San Esteban, 2004*

Lo primero que recordó fueron unos peces que pasaban nadando junto a un coche. Tenía el agua hasta la cintura antes de que la ola comenzara a retirarse. Los peces, sus vistosos colores, eso fue lo primero que recordó.

N. no sabía adónde se dirigía. Caminó despacio por los alrededores después de que el mar se retirara por fin. No vio a muchas más personas; las pocas que se encontró deambulaban sin rumbo, como él. En una ocasión oyó un grito, podía tratarse de un ser humano o de un animal que se encontrara en apuros.

Entonces llegó la comezón. No de un modo abrumador, pero allí estaba, vagamente irritante. Se pasó las manos por brazos y piernas para espantar las moscas atraídas por las heridas. Tenía la boca seca, pero no se le ocurrió abrir alguna de las muchas botellas de agua que, con todo el caos, se habían caído de sus cajas frente a la puerta de una tienda.

Unos lugareños encontraron a N., lo subieron a un remolque y lo alejaron del mar. Apretujado entre otras personas, sintió su miedo. En la parte trasera del remolque, la gente hablaba muy deprisa, y solo se tranquilizaron cuando el tractor que los remolcaba comenzó a ascender por la pendiente que había detrás de la aldea. Allí arriba, en la arboleda, se había reunido mucha gente. Alguien le ofreció agua; él bebió y devolvió la botella vacía. Un hombre, al ver sus brazos y rodillas lacerados, lo condujo a un lugar empedrado donde habían agrupado a los heridos. La mayoría estaban tumbados en el suelo.



Una enfermera se acercó a él. Parecía preocupada, pero no pudo hacer mucho más que limpiar las heridas más profundas con agua. Pidió varias veces disculpas por no haber traído más artículos del botiquín de la aldea. Después N. se sentó. Se quedó allí. Alguien intentó entablar conversación, pero él no respondió. Otro le ofreció un cuenco de arroz. También lo rechazó.

Cuando empezó a anochecer se oyó ruido de helicópteros. La gente se puso nerviosa y comenzó a gritar, pero el ruido desapareció en la distancia. La brisa nocturna agitó los árboles. Los rumores se extinguieron.

La noche cubrió las arboledas de la montaña. N. se apartó del empedrado para colocarse donde solo había tierra, pues resultaba menos frío. Se acurrucó, aunque no tardó en quedarse helado. Le empezaron a doler las heridas de las rodillas. Le resultaba imposible encontrar una posición cómoda, de modo que terminó por sentarse apoyado en un árbol. Consiguió dar unas cabezadas, pero en el duermevela volvió a pensar en los peces, en sus vivos colores. También surgieron otras imágenes: vio a unas niñas pequeñas, sus rostros, a una mujer. Oyó sus voces. Una mujer y dos niñas. No podía asegurar que fueran suyas, pero era de día y estaban sentados comiendo algo. Habían comido juntos... Después, solo quedaba el recuerdo de los peces.

Alguien se puso en cuclillas junto a N., sintió que le sujetaban un brazo. Ni siquiera fue consciente de sus propios gemidos. La gente que lo rodeaba pensó que estaba llorando.

El sol salió y se puso de nuevo. Pasaron otra noche en la montaña. Hacia el amanecer sintió tanta sed que tomó y vació una botella de agua que había junto a un niño pequeño que dormía a su lado.

Al tercer día llegaron unos cuantos soldados en un vehículo militar y les comunicaron que podían regresar a la aldea; ya no había peligro. La enfermera lavó una vez más las heridas de N., que estaban inflamadas y purulentas, y le indicó que debía acudir a un hospital. Le dijo que tenía fiebre, que necesitaba ayuda,

de modo que él se unió a la estrecha hilera de personas que regresaban de la montaña.

Al principio, debido a la devastación y a los escombros, le costó orientarse en la aldea. El sol era torturador. Pero entonces reconoció el coche junto al que se había encontrado cuando vio los peces, así como el desaguisado de botellas de agua despararramadas en la calle, delante de la tienda. Abrió una y bebió. A lo lejos distinguió el hastial de una casa que le pareció reconocer. Se acercó, y enseguida se sintió inseguro. Las paredes blancas no tenían techo, y gran parte del edificio se había derrumbado. Cualquier vestigio del pequeño hotel había desaparecido. Ni rastro de lo que recordaba como un patio interior entre los escombros: tablones, infinidad de revoques, ramas de palmeras. Las tumbonas parecían barcas volcadas encima de todos los restos. La estructura era de acero; los gruesos listones, de plástico blanco y negro. N. recordó que siempre se le pegaban a la piel: no hacía tanto que había estado sentado justo allí. De repente, su corazón comenzó a latir muy deprisa y él sintió que algo terrible estaba en juego. Tiró de lo que pudo agarrar y apartó trozos de tablones. Pero las fuerzas lo abandonaron casi nada más empezar, y cada nuevo esfuerzo resultaba cada vez más torpe. Con las piernas temblorosas, observando todas las piezas afiladas a su alrededor, se sentó. El sol calentaba con intensidad, la cabeza le palpitaba. No mejoraría. Miró a su alrededor, se puso en pie resoplando y volvió a intentarlo.

Lo que en un principio parecía una rama resultó ser un brazo azulado que sobresalía entre todo el caos. El cuerpo estaba cubierto por un trozo de pared derruida, pero pudo ver su rostro magullado, demasiado hinchado como para revelar algo. Colocó con cuidado un cojín de gomaespuma para ocultarlo. A continuación volvió a mirar a su alrededor, en esta ocasión con nuevos ojos, y comprendió que estaba rodeado de miembros que sobresalían, de cuerpos tumefactos y medio desnudos. Se dejó caer, exhausto y rendido, llorando de desesperación.

N. no sabía cómo había llegado hasta allí, pero en el hospital le asignaron una cama. Para entonces la fiebre ya se había apoderado por completo de él, y pasó varios días en una especie de letargo. El personal era muy amable, pero lo llamaban por un nombre que no reconocía y le hacían preguntas sobre cosas que él había mencionado en sus delirios y que no recordaba en absoluto. Le limpiaron las heridas, rasparon y cosieron. La fiebre tardó una semana en bajar.

Una mañana, cuando regresó del cuarto de baño, N. descubrió una bolsa de tela que colgaba de una de las barras al pie de su cama. Verde, con la correa de la bandolera desgastada, de esas que los turistas adquieren en las tiendas de excedentes militares. La descolgó y miró a su alrededor. Ninguna de las tres personas con las que compartía la pequeña habitación parecía prestar atención, como si no le perteneciera a ninguno de ellos. Abrió la cremallera y echó un vistazo a su contenido. Como era de esperar, halló algunas guías turísticas, un libro sobre buceo y varios recibos de viaje. En el bolsillo interior encontró un grueso sobre lleno de dólares, y en un bolsillo exterior, un pasaporte.

De ahí habían sacado el nombre las enfermeras. Pero ¿se trataba de algún tipo de confusión? ¿Podría...? No lo sabía. Al observar la fotografía del pasaporte, N. se paralizó ante la visión de los rasgos conocidos: el mismo flequillo irregular que podía ver en el espejo, la misma arruga entre la frente y la nariz. Y, sobre todo, la misma mirada. Giró la bolsa y reparó en una marca de sal que se esparcía formando un arco irregular. No pudo determinar si la había ocasionado el mar o el roce de una espalda sudorosa. Volvió a hojear el pasaporte, se fijó en los sellos estampados, miró de nuevo la fotografía. Se quedó allí sentado.

Cuando la ronda pasó un poco más tarde, volvieron a llamarlo por ese nombre.

—Sí —respondió N.

—La fiebre ha remitido —dijo un médico bajito con la frente perlada de sudor—. Y las heridas parecen cicatrizar correctamente.

A continuación, el hombre lanzó una mirada nerviosa al pasillo.

–Comprendo –dijo N.

–Necesitamos la cama –se disculpó el médico–. No deja de llegar gente.

–Sí, claro –dijo N., echando una mirada a la corta camisola de hospital.

–Tiramos los harapos que llevaba puestos –dijo la enfermera–. Póngase esto.

Le tendió una bolsa de plástico transparente. En su interior había unos vaqueros usados aunque limpios, una camisa de manga corta y unas sandalias.

–Tendrá que ponerse en contacto con alguien que le pueda quitar los puntos dentro de una semana, más o menos –le recordó el médico–. No debería tener ningún problema.

–No.

–¿Adónde irá ahora?

–Tengo que buscar a alguien.

El médico asintió. Luego salió de la habitación y continuó la ronda.

N. se vistió, se colgó la bolsa del hombro y se marchó.

Los autobuses funcionaban de nuevo. Las carreteras estaban abarrotadas de camiones, excavadoras y grupos de hombres que vestían toda clase de uniformes, pero N. consiguió regresar a la aldea.

Junto al mar, todos los rastros de la catástrofe seguían allí, si bien habían aparecido otros nuevos. La aldea estaba sembrada de retratos mal fotocopiados de personas desaparecidas, pegados en los pocos lugares donde era posible encontrar un hueco. Los papeles blancos se agitaban en los postes del tendido eléctrico, tan alto como una persona podía alcanzar. En otro mundo, podría haberse tratado de una campaña electoral con un centenar de candidatos. Cerca de un templo, a las afueras de la aldea, distinguió a unas personas que llevaban gruesos guantes

y protección para la boca y la nariz. En otros lugares, las autoridades habían establecido pequeñas oficinas —por lo general, una sencilla tienda de campaña grande— donde la gente lloraba o discutía sin sentido. N. era constantemente acosado por personas que querían saber si había visto a esta o a aquella persona. Se alejó de allí, asqueado.

Sintió una extraña sensación de distancia. La aldea que veía no era la suya, nunca lo había sido. Apenas unas semanas antes no sabía absolutamente nada de ella. Había acudido allí como viajero, la elección al azar de un turista. Podría haber acabado en cualquier otra playa, en cualquier aldea, en cualquier lugar. No era más que un lanzamiento de dados.

Prosiguió su camino. Debía ir a un lugar. Entonces vio que habían ordenado la tienda donde se habían desparramado las botellas por la calle, y N. recordó otra vez los peces. Y después, el desayuno. Habían comido fruta, y las pequeñas llevaban bañadores nuevos y tenían los ojos entrecerrados a causa del sol. De modo que se trataba de sus hijas. Y la mujer, que debía de ser su esposa, les había extendido crema de protección solar en los brazos mientras comían. El silencioso recuerdo de cómo la dejaban hacer mientras se quejaban entre bocado y bocado.

Después, todas las imágenes desaparecían.

N. encontró de nuevo el hastial del hotel, pero el jardín y sus alrededores habían desaparecido. Las pocas paredes que quedaban en pie formaban una especie de monumento blanqueado; el resto no era más que arena y tierra marrón rojiza. El buldócer no había dejado rastro, ni una planta siquiera.

N. se detuvo, se agachó y tocó la tierra húmeda con las manos. Tierra allanada y paredes blancas abandonadas. Ni un solo rastro. Sentía que debía llorar, pero no brotó lágrima alguna. Se puso en pie y se alejó de allí.

N. tomó el sobre blanco lleno de dólares de la bolsa, aunque no estaba seguro de que el dinero fuera suyo, y pagó el transporte hasta la ciudad. Le habían dicho que tenía que inscribirse,

que debía acudir al consulado. Tener algo que hacer, esa fue la única razón que lo animó a partir. Llegó justo cuando el sol empezaba a ponerse; encontró una sencilla habitación para pasar la noche y después volvió a salir a la calle. Resultaba extraño ver todas esas luces, contemplar a la gente mientras paseaba de manera despreocupada, incluso oír reír a alguien. Al atardecer, el olor a comida resultaba abrumador. Ya no tenía que soportar el silencio de la aldea de la playa, con sus rostros de papel mirándolo fijamente desde los tabloncillos de anuncios y los postes. Allí no había peregrinos desconsolados agarrándose a un clavo ardiendo. Por un momento, su propia supervivencia dejó de atormentarlo.

Compró unas brochetas de pollo y mango, y después encaminó sus pasos hacia el consulado; alguien había mencionado que ahora estaba abierto todo el día. Buscó el camino con la ayuda de una guía que encontró en el bolso. Las hileras de consulados se encontraban, según el plano, algo alejadas del centro. La gente empezó a escasear a su alrededor, las farolas también. De cuando en cuando debía detenerse debajo de ellas para consultar el plano. Media docena de policías se acercaron avanzando hacia él por un callejón estrecho. Caminaban despacio, y hablaban en parejas o fumaban. Todos portaban un casco provisto de visera y unas varas largas y finas que hacían oscilar de manera desafiante. Las varas atrajeron su mirada; los extremos desgastados le hicieron pensar que alguien acababa de probarlas.

Los policías pasaron de largo sin prestarle atención y él por fin llegó al parque en cuyo extremo tenía que encontrarse el consulado. El asfalto estaba mojado, unas octavillas flotaban en un charco. Continuó andando en esa dirección.

—¡Malditos cerdos! —gritó alguien a lo lejos.

El grito se transformó en un eco que se ahogó entre las casas. No se veía un alma. El parque que ahora bordeaba se encontraba a oscuras y no invitaba a entrar. Siguió andando por la acera, pero se mantuvo cerca de la calzada, buscando la luz de las pocas ventanas iluminadas al otro lado. Una manzana

más abajo se encontró con una pareja de aspecto occidental. Caminaban con paso apresurado.

—Habrían preferido que muriera todavía más gente —oyó que decía la mujer enfadada al pasar.

—Idiotas... —respondió el hombre.

Sus pasos se alejaron. N. oyó gritar a alguien: «¡Muerte a América!». La voz procedía de la dirección en la que iba.

N. se detuvo un instante; se sentía observado. El parque estaba tranquilo. Cuando oyó un coche a lo lejos, comenzó a caminar de nuevo, tratando de averiguar qué estaba sucediendo más abajo en la calle. Vio luces y distinguió un grupo de gente en movimiento. Los gritos que había oído eran el eco de alguna manifestación, frente a uno de los consulados, que ya había finalizado. Pensó en los policías antidisturbios que se había encontrado, y en ese momento un coche apareció por la calle. Cuando aceleró, alguien bajó una de las ventanillas. Por ella asomó un brazo, y cuando el coche pasó junto a N. voló una cascada de octavillas. El coche giró, derrapando sobre el asfalto mojado, y luego desapareció por una bocacalle. Una octavilla revoloteó a su lado, y una sensación ligeramente familiar hizo que N. la siguiera unos pasos. La atrapó justo cuando aterrizaba boca abajo en un charco. Sacudió las gotas, agarrando una esquina con los dedos, y a continuación le dio la vuelta.

Era la fotografía de un hombre muerto que había visto antes, sin mirar realmente. Ahora miró. Un cadáver rodeado de suciedad, arena y rastros, con la boca abierta y los ojos hundidos. Los brazos doblados de forma antinatural a lo largo del cuerpo. Había varias imágenes parecidas por toda la octavilla. «¡Gracias, Dios mío!», leyó. El texto que seguía parecía un comunicado de prensa. Las primeras líneas lo confundieron, pero después comprendió. La octavilla era sencillamente la copia de un comunicado de prensa norteamericano, reimpresso por los manifestantes. Un grupo de fanáticos religiosos estadounidenses celebraban el tsunami, pues interpretaban la furia del mar como un castigo de Dios. Atribuían a la justicia divina el hecho

de que miles de personas se estuvieran pudriendo en tumbas anónimas. Describían con todo lujo de detalles cómo todos los desaparecidos se alejarían flotando con las barrigas hinchadas y se perderían por siempre jamás. Las citas bíblicas habían sido seleccionadas cuidadosamente. Una fotografía del pastor a quien llamaban «amado padre» sonreía a N. Los niños muertos le agradaban en particular: Dios estaba limpiando la Tierra, castigando a todos los pecadores.

N. volvió a observar la calle, las luces, las figuras. La mirada regresó a la octavilla, el mundo del pastor visto a través de sus palabras: sodomitas, hijos de puta y violadores. Todo el mundo contaminado por el sexo del diablo. El mundo rebosaba de pecadores.

El único recuerdo que N. conservaba era el de sus dos niñas. Eso sería lo único que podría recordar, aunque le hubieran puesto una pistola en la cabeza. Ellas estaban muertas, ¿y la gente se alegraba de ello?

N. permaneció unos segundos inmóvil, observando la sonrisa del pastor, e intentó ver algo más que apenas unos labios y unos dientes. A continuación arrugó lentamente la octavilla, como si hubiera perdido la sensibilidad en las manos.

Entonces todo se volvió insoportable, y gritó. Un odio ardiente, el primer sentimiento fuerte desde que la ola rompiera, se apoderó de él.